

## Lo femenino en la humanización del varón

Diego Irarrazaval \*

Constantemente uno es afectado por esquemas unilaterales. En las cuestiones de género se dice que el varón atesora la independencia y que la mujer favorece los vínculos. Estos aspectos subjetivos suelen conllevar cortacircuitos estructurales. A mi parecer la problemática mayor proviene del escenario global. Aquí sobresale la tensión entre persona y comunidad, entre el yo-ísmo y la nos-idad. Pedro Casaldaliga la expresa así:

“entre tu y yo,

la distancia, yo.

Pero el puente, hermano,

nosotros dos.”<sup>1</sup>

El drama contemporáneo es un yo reacio a cualquier diferencia; a lo cual contribuye el androcentrismo, que genera inmensos cortacircuitos. Me parece que la distancia tu-yo es lo que sustenta el ser renuente a lo femenino presente en cada varón. En este escrito recalco la des-instalación de esquemas inadecuados y luego el reto de entender lo femenino; y en ambas dimensiones tomo en cuenta facetas de la humanización.

---

\* Texto publicado en Revista *Testimonio* n° 253, 2012, pgs. 31-40; y en Yolanda Ramos y otros, *Teologías contextuales* (La Paz: ISEAT, 2015, pgs. 113-122).

<sup>1</sup> P. Casaldaliga, *Todavía estas palabras*, Estella: Verbo Divino, 1989.

Unas cuestiones previas. Metodológicamente uno es engeguedo por cada postura unidimensional (humanismo sin ecología, posmodernidad sin historia) o esencialista (razón=varón, emoción=mujer, masculino en-sí, femenino en-sí). También nos afectan varios estereotipos: fortaleza masculina, fragilidad de la mujer, lo femenino sólo en ella, afeminado=homosexual, sexo=genero, etc. Conviene pues la cautela ante cada parámetro y cada precomprensión. Otras realidades complejas son el ser maternal y paternal, estructuras andro-céntricas y patriarcales, la gama de corrientes feministas.

Con un ánimo constructivo indago el sentido de lo femenino, sin olvidar la ambivalencia y también la maldad existente en ésta y en cualquier realidad humana. Lo indago desde la experiencia masculina, y lo hago dentro del marco de la humanización. Lo socio-cultural y psico-espiritual, y sus vertientes éticas, afectan el ser cristiano y la necesaria transformación eclesial.

#### 1) Desinstalarse y colaborar.

Las iniciativas socioculturales de la mujer han reconfigurado el cotidiano actuar y sentir masculino. No sólo ellas toman mayor conciencia de su capacidad, y reivindican el ser femenino, también el varón reconoce (lentamente) que esa irrupción le es significativa. Uno es des-instalado principalmente por el acontecer cultural, y a veces por iniciativa propia. La mujer, al empoderarse en lo cotidiano, al adquirir mayor educación formal y ejercer como profesionales, al planificar y organizar eventos, lo hace ejerciendo sus derechos, y a la vez ella incentiva al varón a ser colaborador y a bajarse del pedestal. Todo esto afecta los detalles de cada día, y también modifica imaginarios y rituales.

Anoto dos vivencias.<sup>2</sup> En un organismo profesional, al dejar de tener una secretaria, varones y mujeres hemos podido revisar roles y organizarnos sin subordinaciones. Por otra parte, en un programa evangelizador que presentaba a la Virgen María como complemento a Cristo, en comunidad hemos acordado proponer que la mujer de hoy es empoderada y cómo la madre de Cristo invita al varón a descentrarse mediante el discipulado.

---

<sup>2</sup> Las vivencias en el sur-andino peruano motivaron mis textos "Del androcentrismo a la relacionalidad", *Anales de la Sociedad Chilena de Teología* 2001, 135-150, y *Felicidad masculina: una propuesta ética*, Chucuito, Peru, 2002.

En términos generales, uno ve que los cambios no brotan a partir de cada persona sino mayormente por la irrupción de lo femenino en el mundo contemporáneo. A la vez uno detecta elementos ambivalentes y negativos en el comportamiento femenino. Creo que lo principal es aprender a ver la fecunda polaridad entre entidades diferentes<sup>3</sup>, y así dejar atrás dualismos y superioridades. Este proceso nos ha desinstalado (por una parte) y ha suscitado un nuevo trato con la alteridad femenina (por otra parte). También se han ido removiendo prejuicios sobre lo culturalmente femenino en cada varón.

¿Cómo es visualizada la colaboración? Al respecto hay bastante retórica, o bien hay acciones esporádicas: el varón cuida a los niños, cocina, hace limpieza, y cuando ellas asumen roles de liderazgo uno les felicita. Por otra parte, han comenzado cambios de fondo. Se dan formas de corresponsabilidad y respeto mutuo, en el hogar, el trabajo, la pareja, asociaciones voluntarias en las iglesias y en la sociedad civil. El mayor desafío es generar itinerarios de participación entre diferentes, ya sea en instancias socio-económicas, la afectividad, el ocio y el juego, lo doméstico y lo público. También nos reconectamos con lo femenino cuando entre varones las actividades no son de hegemonía ni de subordinación.

Esto implica una ascética que toca lo más hondo de uno mismo. En términos evangélicos, se trata de una honda *metanoia* de desinstalación y de incesante conversión. Así se despeja el camino para el discipulado. Tal como lo hicieron varones y mujeres con Jesús, también hoy colaboramos con el Espíritu del Señor para que haya vida en plenitud. Esto conlleva ruptura con la insensibilidad y prepotencia masculina, y un gozoso renacer para ser más humanos. Son pues mediaciones en el caminar con el Resucitado y su Espíritu.

## 2) Comprensión del factor femenino.

A continuación, reseño rasgos de la experiencia y epistemología de C.G. Jung, H. Maturana, L. Boff, J. Olavarria, R. Reyes (y dialogo con Heloisa Cardoso, Sofía Uribe, Maricarmen Bracamonte, Felicity Edwards). Es bien conocida la problemática de quién

---

<sup>3</sup> Lo masculino/femenino es una polaridad dinámica y sin exclusiones. En el terreno de la conciencia, según Beatrice Bruteau y Felicity Edwards, en cada persona hay lo masculino que es “specialized, analytical, focused” y lo femenino que es “general, intuitive, holistic” (véase F. Edwards, “Spirituality, Consciousness”<sup>233</sup> “Gender Identification: a neo-feminist perspective”, en U. King, *Religion and Gender*, Oxford: Blackwell, 1995, 181-182).

hace y cómo se llevan a cabo las interpretaciones de género. Abundan los nudos epistemológicos que tienen que ser desatados. Además, continuamente se insinúa que la mujer (y lo femenino) es incomprensible. El mal llamado sentido común a menudo reduce lo femenino al comportamiento afeminado y también propicia la homofobia. Abundan pues las dificultades, y así es más interesante la temática.

A mi parecer, las diferencias entre el factor masculino y el factor femenino están marcadas por realidades socio-culturales y sexuales, edades, cosmovisiones, y condicionamientos subjetivos. Es necesario confrontar el esencialismo, y no presuponer que lo femenino sería más enigmático y emocional. Hay bastante consenso que lo femenino existe desde y en la mujer (que más despliega sus características) y también existe en el varón (que tiene algunos rasgos femeninos). Otra cuestión crucial es que ciertas condiciones de género son hegemónicas y otras son más o menos periféricas. Todo esto suscita mucho debate y también oportunidades de mayor esclarecimiento. Por mi parte me detengo en dos cuestiones candentes: lo femenino al interior del varón, y la modalidad del pensar masculino.

Un primer interrogante. Al interior del ser varón ¿cómo es encarado lo femenino? ¿Hay capacidad para reconocerlo dentro de uno, como factor que interpela, y como horizontes emancipadores? No ha sido así; y esto lo digo desde vivencias propias y de gente cercana.

La cuestión más de fondo es el yo-ismo masculino que no interioriza lo que es visto como contrapuesto a uno. Vale decir, el varón no suele dejarse interpelar por entidades que uno no controla (la mujer, la marginalidad social, las enfermedades, etc.). Cualquier amenaza a la hegemonía es descalificada. Existen obstáculos de peso que nos cierran el corazón y la mente. En el fondo se trata de un tipo de subjetividad y socialización moderna, que nos distancia de todo (y también de lo femenino). Parafraseando a Casaldaliga (citado al inicio de este ensayo): la distancia entre tu y yo es precisamente el yo. Cabe pues, en términos afectivos, la desinstalación para que lo diferente sea significativo al interior de uno.

Para entender estas realidades abunda la reflexión en torno a la obra de C.G. Jung. Por ejemplo, Heloisa Cardoso valora las constantes culturales e inconscientes: *anima* (en el varón) y *animus* (en la mujer). Las considera hipótesis terapéuticas. También ayuda a ver que Jung no “explicita el significado...de atributos de lo masculino y lo femenino”<sup>4</sup>. No se trata de rasgos uniformes e inalterables. Más bien se abren vetas de trabajo científico. Otro aporte proviene de Walter Boechat, que lamenta que Jung limita dichos principios al terreno del género en vez de entenderlos en el proceso de individuación<sup>5</sup>. El campo de temas jungianos es vastísimo.

Me parece que los escritos de Jung ayudan a explicar la resistencia del varón hacia el *anima* ya que “representa lo inconsciente con todas las tendencias y contenidos hasta el momento excluidos de la vida consciente”<sup>6</sup>. También sus escritos ayudan a indagar hoy qué significa lo femenino en el marco de la humanización masculina. Cada buena hipótesis y elaboración teórica nos abre al complejo acontecer subjetivo, social, espiritual (sin agotar la búsqueda de sus significados).<sup>7</sup> Dicho de otra manera, la imprescindible teoría no se confunde con la realidad compleja y polivalente. Ella requiere de incesantes aproximaciones.

Paso a otro terreno: el sentir creyente al involucrarnos en temáticas de género. Este sentir no suele ser tomado en cuenta. La actual vivencia cristiana está enraizada en la persona y mensaje de Jesucristo, y dicha vivencia en el varón incluye redescubrir rasgos femeninos. Como es bien sabido<sup>8</sup> el maestro de Galilea, en su trato con varones no sostenía su superioridad; ya que les inculcaba un servicio desinteresado y el ser pequeños en el

<sup>4</sup> H. Cardoso, “O homem: sua alma, sua anima” en W. Boechat, *O masculino em questão*, Petrópolis: Vozes, 1997, 63. También entiende que Jung pone el *logos* como principio consciente del varón, y *eros* de la psiquis consciente de la mujer. Como son “principios” y “arquetipos”, no se trata de esencias filosóficas.

<sup>5</sup> Véase W. Boechat, *obra citada*, pgs. 18 y 20.

<sup>6</sup> C.G. Jung, *Psicología y Religión*, Buenos Aires: Paidós, 1961, 123. Recopilación de textos: CG Jung, G. Adler, R Hull, *Aspects of the Feminine*, Princeton: U. of Princeton, 1982; y CG Jung *Tipos Psicológicos*, Barcelona: Edhasa, 2008. El *anima* es la personificación femenina del arquetipo inconsciente en el varón, y como explica Jung: “las representaciones arquetípicas que nos transmiten lo inconsciente no deben confundirse con el arquetipo en sí” (*Arquetipos e inconsciente colectivo*, Barcelona: Paidós, 1997, 158). Por consiguiente no tendría sentido “esencializar” esas representaciones.

<sup>7</sup> Ver un modo interdisciplinar de abordar estas temáticas: Edenio Valle, *Psicología e experiencia religiosa*, Sao Paulo: Loyola, 1997; Mauro Amatuzzi (org.), *Psicología e espiritualidade*, Sao Paulo: Paulus, 2005.

<sup>8</sup> Un estudio exhaustivo: Hugo Cáceres, *Jesús el varón. Aproximación bíblica a su masculinidad*, Estella: Verbo Divino, 2011.

Reino (ver Mc 9:33-7, Lc 9:46-48, Mt 18:1-4). Otro asunto importante: el mensaje evangélico habla de lo divino empleando siempre imágenes humanas. Una de éstas es, desde lo femenino, fe-confianza en Dios. La transcendencia (que sobrepasa cada lenguaje humano) se ha encarnado en lenguajes muy precisos: el padre que abraza al hijo pródigo, las parábolas femeninas sobre el Reino. Misericordiosamente Dios salva, y lo hace desde los últimos de la sociedad, y lo hace con la sabiduría femenina que a nadie excluye.

Un segundo gran interrogante se refiere al pensar masculino. Este pensar camuflada o explícitamente descalifica lo femenino dentro de uno. ¿Cómo es esto? Los varones autocalificados como más reflexivos ¿nos conectamos con el pensar femenino? Estos interrogantes son tan importantes como los que aluden a lo íntimo y afectivo (que ya ha sido anotado).

En el dialogo científico ocurren intercalaciones. Por ejemplo, Humberto Maturana explica como “Ximena Dávila contribuye a la ampliación de mi entendimiento de la dinámica relacional que entrelaza el operar de la Biología del Conocer con la Biología del Amar... (y luego dice) ver (lo) que esta reflexión trae consigo, lleva a la persona que sufre a re-encontrar el camino del respeto por sí mismo”<sup>9</sup>. Este dialogo ejemplar no es un reiterar ideas de otra persona, sino que intercala modos de pensar, y lo hace a fin de encarar y resolver desde adentro el dolor humano.

Otro lúcido aporte: Leonardo Boff advierte que no se sabe qué es lo masculino y qué lo femenino en sí, pero aprecia estas fuerzas y relaciones originarias. Ha conjugado reflexiones con Rose Marie Muraro y con Lucia Ribeiro.<sup>10</sup> Boff señala la compleja unidad de diferencias entre lo femenino (presente en el varón, y predominante en la mujer) y lo masculino (en la mujer, aunque predomina en el varón) En este sentido anota polos

---

<sup>9</sup> Humberto Maturana y Ximena Davila, *Habitar Humano*, Santiago: JC Saez, 2008. 210-211; a lo largo del libro reiteradamente Maturana anota “ella muestra...”, vale decir no es una idea sino una secuencia de conocimientos asimilados de modo dialogal. Además, Maturana le reconoce a Davila que ella le permite ver que “el dolor por el que se pide ayuda es siempre de origen cultural ... y que la salida de esta trampa cultural es que.... él o ella misma es la fuente y realización de la Biología del Amar cuya negación cultural lo atrapa en el dolor y sufrimiento” (pg. 232).

<sup>10</sup> L. Boff, “Masculino/Feminino: o que é o ser humano?”, en SOTER, *Genero e Teologia*, Sao Paulo: Loyola, 2003, 203-216; y L. Boff, RM Muraro, *Feminino e Masculino, uma nova consciencia para o encontro das diferencas* (Rio: Sextante, 2002) y L Boff, L. Ribeiro, *Masculino/Feminino, experiencias vividas* (Rio: Record, 2007); estos dos trabajos son cogestionarios (y no mera juxtaposición de textos).

intercalados: interioridad y exterioridad, pensar con el cuerpo y razonar, entender símbolos y hacer claras distinciones, cuidar y trabajar, combate defensivo y combate ofensivo, etc. Además Boff reconoce que estas fuerzas recíprocas no ofrecen plenitud, ya que la sed de infinito trasciende a cada ser humano.

Cabe además reivindicar lo imaginario. Esto -según Francisco Reyes- “es culturalmente considerado como femenino e infantil, en nombre de la razón (del ‘yo pienso’) y del conocimiento ‘científico y objetivo’. La negación de la imaginación empobrece y mutila nuestra común condición humana de la que hacemos parte los varones”<sup>11</sup>. Reyes añade que dicho estatuto epistemológico es tan importante como el de la razón. Éstas y otras aproximaciones ayudan a evitar que, en el varón, la cuestión femenina sea reducida a sentimientos y acciones esporádicas.

### 3) Facetas en la humanización.

Dentro de uno y en el mundo actual, lo femenino constituye un factor del anhelo de humanización. Este anhelo forma parte de procesos amplios y hondos: se pasa del yo-ismo a la nos-iedad, del absoluto masculino a la interactividad de género, de tantísima exclusión a potenciales eco-humanos, del espectáculo posmoderno al gozo corporal-espiritual. Son bellos y exigentes itinerarios de humanización.

Con respecto a lo femenino, para el varón ello constituye una alteridad y también una energía interna. A los elementos jungianos ya reseñados habría que añadir rasgos psicoanalíticos. Sofía Uribe pone una luz roja a los pseudo vínculos que provienen del narcisismo patológico; más bien se trata de enfrentar conflictos, y de gestar transformaciones mediante vínculos<sup>12</sup>. Por otra parte, Amanda Cueto indica que el humanizarse conlleva conectarse y a la vez la independencia del otro/otra, ya que se reconoce “al otro como persona separada, semejante a nosotros, pero distinta”; además, con

---

<sup>11</sup> F. Reyes, “La masculinidad como una construcción imaginaria”, *Revista Mandrágora* 12 (2006), Sao Paulo; y véase *Otra masculinidad posible, un acercamiento bíblico-teológico*, Bogotá: Dimensión Educativa, 2003.

<sup>12</sup> Véase S. Uribe “Los vínculos como gran tejido que construye humanidad”, *Revista CLAR* 2 (2008), 33-42; su acusosa labor en Colombia le permite detectar patrones de control y superioridad fantaseada; “el narcisista requiere el reconocimientos de los demás, ya que vive del ser aplaudido y de su imagen...” (pg. 42); todo esto marca el ser masculino.

realismo uno asume que la “incompletud nos constituye, y (que) la muerte nos espera”<sup>13</sup>. Éstas y otras líneas psicoanalíticas nos ponen los pies en la tierra (y agudizan la mirada hacia temas devaluados por el positivismo humanista).

En términos globales, hay que encarar contextos y mecanismos que nos afectan en cada dimensión de la existencia. No sólo eso. Cabe aquí confrontar la pauta androcéntrica y neo-machista, y la inequidad sistémica que hábilmente maquilla sus estrategias. Todo esto coarta humanización del varón y de la mujer; ya que cada ser humano hoy está afectado por tales lineamientos, e inconscientemente los reproduce. Son asuntos psicosociales. Según José Olavarria “los problemas que enfrentan en la vida cotidiana e íntima, tanto varones como mujeres, no sólo son fruto de las relaciones personales... ni de sus aspiraciones, deseos, fantasías, proyectos, sino también de las políticas públicas...”<sup>14</sup>. Es pues necesario aquilatar los mecanismos sistémicos que nos envuelven y penetran hasta lo más hondo.

En términos del ser creyente y del desenvolvimiento en la comunidad solidaria con los últimos ¿cómo nos humanizamos en Cristo? No es algo simple, ya que cuenta con recias raíces y fascinantes y sorprendentes frutos. Según la tradición evangélica, la comunidad de discípulos/as comparte su bienestar y atiende al que carece lo necesario, y se trata con respeto y ternura así como Dios nos trata. La interacción entre personas no se encierra en sí sino que responde a los signos de los tiempos.

Esto implica tomar distancia de la omnipotencia masculina, y asumir la solidaridad evangélica. Ojalá el encarar lo femenino, fuera y dentro de uno, sea llevado a cabo con el espíritu audaz del humilde Jesús. Esto implica hoy caminar con la humanidad marginada que es sacramento de Dios. Así lo intuye Guillermo Campuzano: “los pobres nos arrastran hasta la humildad radical, ellos nos humanizan ya que revelan nuestra fragilidad más

---

<sup>13</sup> Psicoanalista Amanda Cueto, “Hacerse humano. La difícil relación género-sexualidad” en C. Schickendantz (ed.), *Religión, género y sexualidad*, Córdoba: EDUCC, 2005, 59-60.

<sup>14</sup> José Olavarría, *Hombres: identidad/es y violencia*, Santiago: CLACSO, 2001, 34; y anota varios factores: políticas macro-económicas, programas de viviendas, educación, salud, legislación sobre familia, etc.



profunda, ellos nos salvan porque lo que hacemos con ellos lo hacemos con Cristo (Mt 25,31ss)”.<sup>15</sup> De este modo se desenvuelve la mística en la historia.

En otras palabras, el discipulado no transita por las nubes; es concreto y trascendente. Cada varón constata los desafíos de la relacionalidad y de la corporeidad sexuada que nos caracteriza. Es fácil ser atrapado por el hedonismo y por posturas unilaterales. Maricarmen Bracamonte anota: “nacemos mujeres o varones... lo femenino y masculino no es algo que se desprende necesariamente de lo biológico, ni tampoco es un desarrollo exclusivamente cultural... es un proceso que, desde la perspectiva religiosa, es histórico-transcendente... En la intimidad de la relación amorosa con Dios se participa de sus anhelos para la humanidad: que mujeres y hombres vivan en abundancia”<sup>16</sup>. Vale decir, la perspectiva de género conlleva una espiritualidad relacional.

Se trata de una exigencia mayúscula. No es un simple sentirse bien con otras personas, con uno mismo, con recursos espirituales. Hay que abandonar el yo-ismo, a fin de cultivar adecuadas conexiones, con quien está cerca y a la vez distante, con el desconcertante misterio dentro de uno mismo y de los demás, con limitaciones ajenas y propias. Así transcurre el encuentro con Dios, que se manifiesta en los vínculos con cada entidad viviente.

Otras facetas de la humanización del varón es la ética de interconectarse (sin caer en la dominación explícita ni en la encubierta). Esto significa no apropiarse del otro/otra ni de uno mismo. Dicho en positivo: afianzar diferencias con equidad y respeto mutuo (en vez de las asimetrías que hoy imperan). En términos de la Buena Nueva: la reconexión esta fundamentada en Dios que llena el universo. Su mediación es la comunidad animada por el espíritu del Resucitado. La comunidad eclesial, a pesar de fallas e incongruencias, está al servicio de los vínculos en la humanidad que busca la salvación. Varones y mujeres somos mutuamente interpelados.

---

<sup>15</sup> Guillermo Campuzano CM, “Humanización: camino y misión de la vida consagrada”, *Revista CLAR*, XLVIV/1 (2011) 41.

<sup>16</sup> M. Bracamonte, “El don de la sexualidad y la tarea de recrearla: de la fragmentación a la integración”, *Revista CLAR*, XLVI/2 (2008), 12 y 21; ver también su *Jesús de Nazaret y las mujeres de su tiempo* (Mexico. Schola, 2005).

Al respecto, anoto algo reciente. En forma grupal comentábamos los incisivos escritos de José Antonio Pagola: “el movimiento de Jesús, que prepara y anticipa el reino de Dios... ha de ser una comunidad donde hay mujeres y hombres que, al estilo de Jesús, saben abrazar, bendecir y cuidar a los más débiles y pequeños...”<sup>17</sup>. Durante el dialogo, Adriana Palacios me hizo ver como “Jesús proyecta lo femenino a la vida de la comunidad... e invita a ver a Dios con nuevos ojos”<sup>18</sup>. Durante los últimos años, muchos varones han sido empoderados debido a sabidurías femeninas con respecto a Dios. Estas voces nos llegan de fuera, y también resuenan adentro, y nos ponen en sintonía con el Evangelio. De modo genial Maria Angeles Martinez ha condensado la relación entre Jesús y mujeres que son discípulas del Maestro<sup>19</sup>. Son voces que alimentan -con rasgos femeninos- la espiritualidad en cada varón.

A lo largo de este escrito es recalcado el desintalarde de ciertos esquemas, y el reconectarse como varones con la dimensión femenina. Cada persona y agrupación humana tiene sus modos de encarar estos desafíos. Por otra parte, hay que estar atento a complicidades con estructuras y modos de ser que deshumanizan (casi sin darnos cuenta). A mi modo de ver, el factor femenino no es favorecido por un discurso polarizado y esencialista. Es más provechoso el lenguaje interdisciplinario (en el que sobresalen Humberto Maturana, Leonardo Boff, Francisco Reyes) y la reflexión en sintonía con el Evangelio de la Vida.

El varón hoy redescubre su genuina capacidad masculina, y lo hace asumiendo rasgos femeninos. Esto suscita interrogantes, implica cierto desconcierto, y a veces genera largas crisis. También nos empodera y ofrece horizontes más amplios. La perspectiva de género ofrece itinerarios concretos y holísticos.

También ha sido recalcado el ser masculino interpelado por el Evangelio. A pesar del androcentrismo en la cultura hegemónica y en espacios eclesiales, es posible tomar rumbos alternativos. Es deseable caminar como comunidad fiel al Espíritu. En algunas comunidades religiosas renovadas por el Concilio Vaticano II el proyecto de humanización

---

<sup>17</sup> J.A. Pagola, *Jesús, aproximación histórica*, Madrid: PPC, 2008, 228.

<sup>18</sup> Lectura grupal de textos de Pagola, en una comunidad de Amerindia, Santiago de Chile, 23/6/2012.

<sup>19</sup> Ver Maria A. Martinez, “Volver a Jesús, narración entre mujeres”, *Pastoral Popular* 326 (2012), 12-17.

evangélica incluye reconocer lo femenino dentro del varón. La renovación conciliar ha estado contribuyendo a la responsabilidad laical y de la vida consagrada. Una y otra están convocadas a optar por Dios que metafóricamente tiene entrañas de mujer. Una y otra pueden optar, no desde la omnipotencia, sino desde la pequeñez que acoge el Reino. Esto impugna cada idolatría del poder, y esto afianza encuentros equitativos entre diferentes.

Una palabra final. La mística expresada en poemas de Pedro Casaldaliga retoma clamores de la población latinoamericana. Un clamor es cuidar frágiles vínculos. Otro clamor es construir puentes allí donde hay distancias. En el escenario posmoderno, cada yo tiende a separarse del tu. Otro clamor (subliminal a veces, y vigoroso otras veces) desinstala la omnipotencia masculina. A fin de cuentas, el varón renace al afianzar su energía masculina, y al dar espacio a lo femenino dentro de sí. Se trata de rutas emancipadoras.